

## LA CREACIÓN DE LA FIGURA DEL INVESTIGADOR EN LA SECCIÓN DE FILOLOGÍA DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Mario Pedrazuela Fuentes

*Intervención del 15 de diciembre de 2010 en el congreso “Centenario del Centro de Estudios Históricos” en el CCHS del CSIC*

- Presentación
- Encuentros Clío jóvenes investigadores. CCHS y el CEH
- Tesis
- Orígenes de la ciencia lingüística: comparativismo, Bopp, Grimm, Schlegel
- La lingüística en España
- Ramón Menéndez Pidal
- Positivismo. Idealismos. Corrientes europeas. Filología en España. Colaboradores. Seminarios y viajes
- Las pensiones de la JAE. El joven que vuelve. Castro París, Navarro laboratorios europeos, Onís Berlín (la rechaza) Solalinde Portugal, Roma, Berlín
- Carta de Américo a Castillejo
- Colaboradores del CEH en 1910
- La elección de los cuatro. Cita de Lapesa
- Características de los cuatro
- Primeras clase de don Ramón en el Centro 23-V-10. Carta Gómez Moreno
- Líneas de investigación de la sección de filología
- Líneas de investigación de la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo
- Especialización de cada colaborador
- Don Ramón como guía. Carta de Onís y la de Navarro
- Sueldos en el CEH. Onís y Reyes
- Búsqueda de una consolidación laboral
  - Edición de textos. La lectura. Carta de Navarro. Biblioteca Literaria del Estudiante. Colección de Teatro Antiguo
  - La Universidad. Cita de Pérez Pascual
    - Castro
    - Onís
    - Navarro. Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios (Onís y Federico Ruiz Morcuende)
  - Institutos. García de Diego. Cardenal Cisneros. Instituto Escuela
  - Cursos de extranjeros. 1912
  -
- Estabilidad de los cuatro

### La Segunda Generación de Colaboradores

- Cita de Rafael Lapesa
- Relación de colaboradores. Llegan al Centro entre 1915 y 1920. Captados por Américo en la universidad
- Amado Alonso, José Fernández Montesinos. Dámaso Alonso

- Reducción del presupuesto del CEH con la llegada de la dictadura de Primo de Rivera
- Situación en la universidad. Cita de AZV
- El extranjero como única salida para estos investigadores. Visión de extender el estudio del español y de la literatura española por el extranjero
- Pidal, Navarro y Castro trabajarán para traer a los tres al Centro
- Amado Alonso
  - Formación
  - Salida a Buenos Aires. Cita de AZV
  - Estancia en Puerto Rico. Carta a don Ramón
  - Estancia en el Instituto de filología de Buenos Aires
  - Navarro lo ve como continuador de su obra
  - Trabajos realizados en buenos aires. Grupo de colaboradores. Publicaciones *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* y la *Colección de Estudios Estilísticos*. Revista de Filología Hispánica
  - Traslado a Harvard
  
- Dámaso Alonso
  - Formación
  - Estancias en el extranjero
  - Oferta de Stanford. 1932. Contraoferta de Pidal. Cartas de Salinas
  - De nuevo en el extranjero
  - Cátedra de Valencia
  - Publicaciones
- José Fernández Montesinos
  - Formación
  - Hamburgo, 1920
  - Correspondencia con Castro. Primera oferta. Universidad de Filadelfia. Bohemio. Problemas amorosos. Segunda oferta.
  - Profesor de la universidad central y trabajo en el centro

Conclusiones

En la actualidad, los jóvenes investigadores tienen enormes dificultades para encontrar una estabilidad laboral que les permita llevar a cabo sus investigaciones, hace cien años, cuando se creó el CEH, existían problemas similares para acoger a los filólogos que comenzaban a destacar en su disciplina. Comenzaba a nacer una nueva figura dentro de una ciencia tan joven como era la filología.

A principios del siglo XIX, y gracias al descubrimiento de sánscrito, un grupo de eruditos alemanes, principalmente, Bopp, Grimm, Schlegel, etc. establecen los principios del método comparativo, en las formas gramaticales, en las regularidades fonéticas, etc. En definitiva, se hace de la comparación una ciencia. Con ello, como afirma R.H. Robins, los comparatistas buscan elevar su práctica al rango de ciencia en el sentido de las ciencias de la naturaleza, principalmente con la biología. En el siglo XIX se presencié el desarrollo de los conceptos modernos, teóricos y metodológicos de la lingüística histórico-comparada. De tal forma que en la Alemania de aquella época se institucionaliza una nueva ciencia, y se empieza a hablar de especialistas que reflexionan sobre el lenguaje.

Aunque en 1799 Nicasio Álvarez Cienfuegos, en su discurso de ingreso en la RAE hable del «Estudio de la filología española en su relación con las demás ciencias», a España estas teorías tardan en llegar. Se realizan diversos estudios sobre el origen de nuestra lengua, con dos posiciones enfrentadas: una latinista con los trabajos de Pedro Felipe Monlau y Martínez Marina, y otra semítica con Severo Catalina del Amo. En ninguna de las dos se tienen en cuenta los nuevos descubrimientos que se están realizando en Europa. También están los trabajos de Pascual Gayagos, Amador de los Ríos, Milans y Fontalans.

En 1859, Monlau, en su discurso de ingreso en la RAE, habla de las teorías de Bopp; y Manuel de Assas, que sería el primer catedrático de esa materia en la cátedra en la Universidad Central de Madrid, habla sobre esta lengua en el discurso de inauguración del curso en 1856. El gran especialista en esta materia fue Francisco García Ayuso, que a pesar de todas sus publicaciones sobre el tema, no le concedieron la cátedra de sánscrito en 1877, ya que se le otorgó mediante adjudicación directa a Francisco María Ribero Godoy, al que después sustituiría Mario Daza.

También los institucionistas se hacen eco de las nuevas teorías, Francisco de Paula Canlejas en su discurso de ingreso en la RAE en 1870, y la contestación de Juan Valera, que al haber sido embajador en Alemania conocía bien lo que se estaba realizando en ese país; también Adolfo Calderón se hizo eco de las teorías comparativistas en un artículo que publicó en el BILE.

A pesar de este movimiento, más bien escaso, tenemos que esperar a la llegada de Ramón Menéndez Pidal para hablar de un método en el desarrollo de la ciencia lingüística. Menéndez Pidal fue un renovador de los estudios filológicos en España. A la corriente del positivismo lingüista que triunfaba a finales del siglo XIX, añadió el estructuralismo, el idealismo vossleriano y las nuevas ideas sobre la geografía fonética que estaban surgiendo en Europa central. Con esta base metodológica se propuso llevar a cabo un ingente trabajo en el páramo que entonces existía en la filología española. Pero él sólo no lo podía realizar, necesitaba un grupo de colaboradores, que siguieran sus principios y que tuvieran ganas de trabajar. La creación del CEH le permitió tener

una estructura para poderse rodear de un grupo de colaboradores, filólogos todos ellos, que destacaban en la universidad la mayoría fueron alumnos suyos.

Los cursos y las excursiones científicas se convirtieron en los dos elementos básicos para conseguir la unión entre el profesor y los alumnos. Los cursos a grupos reducidos en los que se estudiaba temas muy concretos, y la puesta en práctica de lo estudiado en una excursión para comprobar in situ aquello que habían aprendido.

-Estas excursiones se realizaban gracias a las becas de la JAE. Con la creación de la JAE y de su política de pensiones, muchos jóvenes pudieron ampliar sus estudios fuera de nuestras fronteras, lo que produjo un grupo de jóvenes investigadores con una gran preparación, pero que al regresar a nuestro país, no encontraban un lugar para desarrollar la labor para la que se habían formado. En el campo de las humanidades, y en concreto en el de la filología, no existía la figura del investigador, que se dedicara a nivel profesional a estudiar algún aspecto de nuestra lengua o de su literatura. El investigador antes de nada era profesor de universidad, que desarrollaba su labor profesional, y el tiempo de que disponía libre lo dedicaba a la investigación. De tal modo que los jóvenes investigadores que ahora llegaban tenían que inventarse su futuro. Cuando regresan, y quieren continuar con la investigación se encuentran que no hay una institución en la que puedan desarrollar su labor.

Los primeros colaboradores de don Ramón fueron: Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Antonio Solalinde, García Blanco, Federico Ruiz Morcuende, Justo Gómez Ocerín, Mariano Arigitia, Eduardo Jusué, Paula Blanchard, Julián Paz, Pedro González Magro.

Pero nosotros nos vamos a centrar en los cuatro primeros:

En la escuela filológica de Menéndez Pidal, don Ramón era el patriarca, el Cid de vellida barba, camino de convertirse ya en Carlomagno de barba florida; su Álvaro Fáñez, su Martín Muñoz o su duque Naimés eran Américo Castro, Navarro Tomás y, allá en el lejano Wisconsin, entre nieves y lagos, Solalinde; los tres maestros consagrados ya.<sup>1</sup>

Navarro 1884, Onís y Castro nacieron hacia 1885, Solalinde era más joven, nació en 1892. Los cuatro (menos Castro) entran en contacto con don Ramón cuando se están formando, bien durante la carrera (Solalinde) o en el doctorado. Es curioso como los tres grandes discípulos de don Ramón, realizan la carrera no bajo su tutela, sino que provienen de universidades de provincias (Granada, Valencia, Salamanca) y es en el doctorado (recordemos que entonces el doctorado únicamente se podía realizar en la universidad de Madrid) cuando se relacionan con Pidal. Esto va influir mucho en la elección de su objeto de estudio.

En marzo de 1910 se crea el CEH con unas lecciones o cursos que los maestros daban a los alumnos que se apuntaba. Menéndez Pidal comienza sus cursos el 23 de mayo de 1910 (como le reconoce Gómez Moreno a su mujer en una carta de ese día): «Hoy empieza M. Pidal sus estudios [primera clase del CEH], y pienso ir allí». Ese día, como había dicho a su mujer se pasó por el curso de don Ramón: «luego alcancé algo de la primera sesión de Pidal, que fue en el archivo, con cuatro o cinco alumnos, de los [que] dos son ya colaboradores suyos impuestos en paleografía por lo menos y que ya van trabajando. Luego salí con ellos, hablando con estos alumnos, que uno es

---

<sup>1</sup> Rafael Lapesa, «Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos», en Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1979, pág. 59.

granadino, un tal [Américo] Castro, que irá a la provincia de Zamora, y el otro que fino y simpático [¿Navarro Tomás?], a la de León, y por consiguiente habré de suministrar datos para andar por allí y algunas recomendaciones».

En ese primer año de funcionamiento del Centro, en la sección de filología se diseñan las siguientes líneas de investigación:

-Estudio del origen de la lengua castellana a través del:

-Estudio filológico de los primeros monumentos de la lengua en leonés, castellano y aragonés (para publicar una Crestomatía del español antiguo).

-Selección, crítica y copia de documentos diplomáticos existentes en el Archivo Histórico Nacional, redactados en todas las regiones de España.

Se amplía con documentos de archivos de otras ciudades, los cuales visitan durante sus excursiones. Zona de Aragón y La Rioja Navarro Tomás, y la de Zamora Castro.

Fonética y dialectología

-Repartición geográfica de los principales rasgos fonéticos del dialecto leonés (datos recogidos tras una excursión realizada por Salamanca, León, Zamora y Asturias).

-Excursión filológica a las provincias del antiguo reino de Aragón. Con los datos recogidos se han podido hacer las delimitaciones fonéticas de más interés, quedando preparado para la publicación un mapa lingüístico del antiguo reino leonés.

-Laboratorio de fonética experimental colección de gráficos de las consonantes españolas (Navarro y Blanco). Se impulsará con motivo del viaje por los laboratorios europeos de Navarro.

Literatura

-Trabajos con textos literarios: Auto de los Reyes Magos, Glosas Silenses; Arcipreste de Hita, Rimado de Palacio, Juan de la Encina, discursos políticos del rey Martín de Aragón.

-Colección de comedias inéditas de teatro antiguo (La serrana de la Vera de Vélez de Guevara, y La comedia de la Zarzuela, del ldo Reyes Mejía de la Cerda)

Esta estructura de las líneas de investigación no difiere mucho de la que ya propuso don Ramón en los Cursos de Educación Superior que dio en 1896 en el Ateneo de Madrid. Allí centro sus clases en el estudio de:

-Formación y origen de las lenguas románicas en concreto del castellano a partir del estudio de cartas puebla de Oviedo y Avilés

-Estudio de textos literarios: El poema de mío Cid, Ministerio de los Reyes Magos y La disputa entre el alma y el cuerpo

-División geográfica de las diversas lenguas de la Península

Como observamos, las líneas de investigación ya las tenía muy marcadas Menéndez Pidal con anterioridad

Cada uno de ellos elegirá una línea de investigación a la que se dedicará: Navarro a la fonética, Américo a la historia de la lengua y de la literatura, al igual que Onís, y Solalinde a la literatura medieval.

Don Ramón se convierte en un guía espiritual para ellos, al que ellos acuden a solicitar consejo tanto en lo profesional como en lo personal.

Crea usted que para todos los jóvenes que hoy empezamos a estar unidos en un ideal común, es usted –con todos los derechos y honores de padre- un hermano mayor que

nos ha abierto el camino seguro por donde hay que marchar. Y si hay algo que nos pueda dar ánimos y esperanza, es pensar que le falta a usted por vivir lo mejor de su vida.<sup>2</sup>

Otro ejemplo claro de la relación casi fraternal que estos jóvenes mantenían con don Ramón es la famosa carta que Navarro Tomás le escribe para pedirle consejo acerca de la oferta de trabajo para ser perceptor de los hijos de la actriz María Guerrero, lo cual supondría, en el caso de que aceptara ese trabajo, abandonar las investigaciones que estaban comenzando a realizar.

Estos jóvenes, según aspiraba Américo Castro, llenos de entusiasmo de energía, guiados por Pidal, pueden llegar a realizar un trabajo útil para crear un grupo de buenos investigadores y científicos que equipare a España con lo que se hacía en Europa:

A mis trabajos en dialectología, y a esas ediciones clásicas, quisiera añadir lo que haga en el curso de Pidal en la Institución. Trabajaremos sobre la leyenda de Fernán González; creo que encargará el maestro de comparar el poema con la parte correspondiente de la inédita Crónica general de 1344. Sería hermoso que la Institución elevase siempre más el nivel de su labor científica. A P. Blanco lo he conminado a que nos ayude especializando, a fin de que al cabo de algunos años a la sombra de M. Pidal, haya en España, teniendo como Centro la Institución, un núcleo de gente que pueda dar la pauta en esta materia [...] Hemos de procurar que nuestra fuerza, la de los principiantes se convierta toda –poca o mucha, claro- en trabajo útil. Usted, Pidal, Hdez Pacheco podrían formar la cúspide de lo que en España –y fuera- se hiciese en sus respectivos dominios. A su lado vendrían una serie de muchachos, que caldeados continuamente por tanto ideal, quizá lograsen en algunos años levantar el pobre papel español. Sin caer en la patriotería de Unamuno y Mariano de Cavia<sup>3</sup>.

Como hemos dicho todos trabajan en el CEH, pero el Centro les ofrece muy poco dinero, como le reconoce Onís a Unamuno en una carta de 9 de marzo de 1912: «Él no cobra nada, don Ramón cobra unos 40 duros y Navarro y Castro 35 al mes y trabajan allí todo el día».

Cuatro años más tarde, la situación mejora un poco pero no mucho más, según le escribe Alfonso Reyes, que acaba de llegar al Centro en 1916 a su amigo Julio Torri, en una carta de 15 de noviembre

Yo trabajo en la sección de filología [...], Américo Castro el lingüista, Federico de Onís el historiador literario inédito casi (hoy es profesor en Columbia University), Antonio G. Solalinde de medievalista, y yo el drole de type. Aquí gano 175 ptas.

Como vemos el dinero que ganan en el Centro no les da para vivir y tienen que buscar un trabajo con el que complementar el dinero que ganan con la investigación. Un trabajo donde encontrar un sueldo extra que acompañe a los escasos ingresos que tienen en el Centro es la realización de ediciones de obras literarias. Gracias a la colección Clásicos Castellanos *La Lectura. La Lectura (Revista de Ciencias y de Artes)*, que era una publicación mensual creada en 1901 por Clemente Velasco, y dirigida por Francisco Acebal algunos de ellos, principalmente Navarro y Castos encontraron una nueva fuente de ingresos:

La idea respecto a la selección de obras y autores, tipo de comentario en notas y prólogos y hasta tamaño de libro y clase de papel se fue madurando en las reuniones nocturnas que celebrábamos con Acebal, en su casa de la calle de Lista cerca del paseo de la Castellana, Felipe Clemente de

---

<sup>2</sup> Carta de Onís a RMP 16 de octubre de 1912

<sup>3</sup> Carta de Américo Castro a José Castillejo, en David Castillejo, t. II, pág. 595.

Velasco que era el propietario de *La Lectura*, Américo Castro y yo [...]. El plan era que Castro y yo, que aún no habíamos hecho oposiciones ni ganado plaza, nos dedicáramos plenamente a ir dando cada uno dos o tres volúmenes para la colección. (Navarro Tomás en Serís. 1973, p. 257)<sup>4</sup>

Allí publicó Navarro en 1910 una edición de *Las Moradas* de Santa Teresa y la *Poesía* de Garcilaso. Américo *El buscón* de Quevedo y el *Teatro* de Tirso. También colaborarían después en la edición de los libritos de la Biblioteca Literaria del Estudiante

Pero como no se cansará de aconsejarle su maestro, lo que tenían que hacer era preparar unas oposiciones que les proporciona un trabajo seguro que además les va a permitir seguir con sus investigaciones. Pero el camino para conseguirlo será difícil. El primer lugar en donde buscar es en la universidad, pero la universidad, en las primeras décadas del siglo XX, era, según afirma Pérez Pascual, una institución con una «peculiar situación funcional y jerárquica del profesorado, en una universidad en la que cada cátedra era un feudo, cada profesor, una isla y la propia universidad, un desierto, no propiciaba la colaboración científica»<sup>5</sup>.

El que más lucha por entrar en la Universidad es Américo Castro, quien como sabemos, se había licenciado en Granada en Derecho y Filosofía, y que después estuvo estudiando entre 1904 y 1908 en la Sorbona de París, donde su situación económica no era muy buena, por lo que le cuenta Giner a Castillejo: «Allá [en París] está también un antiguo alumno de mi clase, Américo Castro, que tal vez pudiera encargarse (con alguna indemnización, porque vive con esfuerzo) de alguno de estos muchachos».

Antes en 1905 presentó la documentación para acceder a la oposición a la cátedra de Derecho internacional público y privado de la Universidad de Salamanca (agosto de 1905). También solicita ser admitido a la oposición a la cátedra de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de Oviedo (septiembre de 1908). Por fin lo consigue en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, tras formar parte en las oposiciones a la auxiliaría del primer grupo en cátedra de Lengua y Literatura Españolas 1911 y 1912. Finalmente, en 1913, entra como profesor de la Universidad de Madrid, y en 1915 consigue la cátedra de Gramática Histórica.

Otro que consigue acceder a la universidad es Federico de Onís. Tras estudiar en su Salamanca natal se doctora en 1908 en la Universidad de Madrid, en donde entra en contacto con Menéndez Pidal. En 1909 es auxiliar interino de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo y bibliotecario de la biblioteca de la Universidad. En 1916 es catedrático en la de Salamanca.

Navarro también llegará a la universidad, pero será ya tarde, en la década de los treinta, cuando sea profesor de Fonética en la Universidad de Madrid. Él encontró el trabajo fijo que le daría tranquilidad en el Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos. Su primer destino fue Ávila en 1909. También Onís encontró en el cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios un primer empleo, así como Federico Ruiz Morcuende que desarrolló su labor en la Biblioteca Nacional.

---

<sup>4</sup> Navarro Tomás inauguró esta colección en 1910 con *La moradas* de Santa Teresa; al año siguiente publicó las *Poesías* de Garcilaso de la Vega. Américo Castro publicó *El Buscón*, de Quevedo y *Teatro* de Tirso de Molina. Otros colaboradores de la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos que participaron en esta colección fueron Federico de Onís, Vicente García de Diego, Justo Gómez Ocerín, Samuel Gili Gaya, Antonio García Solalinde, Pedro Salinas, José Fernández Montesinos, incluso Ramón Menéndez Pidal con una edición del *Poema de Mío Cid*.

<sup>5</sup> José Ignacio Pérez Pascual, *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión*, Valladolid, Junta de Castilla y León/Consejería de Educación y Cultura, 1998, pág. 105. Véase también, Mario Pedrazuela Fuentes, «Américo Castro, renovador de la enseñanza de la lengua», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, núm. 44, 2008, págs. 53-69.

Ese empleo tranquilizador también lo podían encontrar en la enseñanza secundaria. Son muchos los colaboradores del Centro que dan clases en los institutos, pero debía ser en un instituto madrileño, porque al salir fuera de la capital se rompía la relación directa con el Centro. Con la creación del Instituto-Escuela, en 1918, el trasvase de un lugar a otro es constante, ya que casi todos los colaboradores del Centro pasaban por el Instituto. Pero en los primeros años del Centro, únicamente se podía ser profesor en el Cardenal Cisneros o en el San Isidro, lo cual resultaba bastante complicado. Vicente García de Diego fue uno de los primeros colaboradores de don Ramón que encontró en la enseñanza secundaria la estabilidad profesional que necesitaba. Fue catedrático y director del instituto Cardenal Cisneros.

Otra fuente de ingresos de estos primeros colaboradores de Menéndez Pidal fueron los cursos para extranjeros que se crearon por una Real Orden de 6 de marzo de 1912. Todos ellos daban clases en estos cursos lo que les proporcionaba unos ingresos extras. A su regreso de Roma, Solalinde pasó a dirigir los cursos de verano de la Residencia de Estudiantes.

Ante las dificultades para encontrar el empleo en España, otros tienen que salir del país, es del caso de Solalinde, que en 1914, don Ramón le manda a la Escuela Española en Roma para que ante la renuncia al cargo de director de Pijoán, ocupe él el puesto. Sin embargo, la primera guerra mundial provocará que la Escuela se cierre y que Solalinde regrese a España.

Con el paso del tiempo, estos cuatro investigadores se irán asentando profesionalmente en trabajos que les permitirán desarrollar sus investigaciones: Navarro se convertirá en secretario del Centro y director del laboratorio de fonética, además de director de la biblioteca del Centro y profesor de la universidad de Madrid; Castro además de trabajar en el CEH conseguirá la cátedra en la universidad; Onís, a pesar de ser catedrático ya en 1916 en Salamanca, se marcha a la Universidad de Columbia para expandir la lengua española en los Estados Unidos, y Solalinde también cruzará el océano, irá a la universidad de Wisconsin, en 1923, desde allí le dice a Castillejo que en su nueva universidad él podía:

Trabajar con más calma y menos apuro que en Madrid en los mismos asuntos que yo allí llevaba, pues aquí, desde este verano, no tenemos problemas económicos, y en España, y usted lo sabe, para mantener una casa hay que trabajar en mil cosas distintas que le distraen a uno y no le dejan calma para los estudios puramente intelectuales.<sup>6</sup>

En las salidas al extranjero va a ver don Ramón una vía para que sus alumnos pudieran encontrar un futuro más o menos estable, aunque fuera lejos de Madrid, al tiempo que era una oportunidad para expandir los estudios sobre la lengua española a otros lugares y crear así un interés por nuestra lengua, principalmente en los Estados Unidos. Además de Onís a Nueva York y de Solalinde a Wisconsin, Homero Serís también se marchó a la universidad de Illinois.

La marcha al extranjero será la única salida que encontrarán los que forma la Segunda Generación de colaboradores del CEH, entre los que destacamos a José Fernández Montesinos (1896), Amado Alonso (1897) y Dámaso Alonso (1898).

La segunda generación de discípulos, la de los caballeros jóvenes y hazañosos, tenían su Per Vermudoz, su Roldán y su Oliveros en Montesinos, Amado Alonso y Dámaso Alonso.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Carta de Antonio Solalinde a José Castillejo, 30 de marzo de 1925, Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid.

<sup>7</sup> Rafael Lapesa, «Menéndez Pidal, creador de escuela...», cit., pág. 59.



Los tres llegan al Centro hacia 1916 o 1917, y con ellos llegan otros grandes filólogos como Samuel Gili Gaya (1892), Salvador Fernández Ramírez (1896), Alfonso Reyes (1889), Miguel Herrero (1895), Emilio Alarcos García (1895), etc.

Los tres, debido a las dificultades laborales, tuvieron que salir fuera de España para desarrollar su trabajo. A pesar de los esfuerzos que hicieron Menéndez Pidal, Américo Castro y Navarro Tomás, principalmente, para que pudieran regresar a España y ofrecer a su país su talento y sus conocimientos, resultó bastante complicado.

En los años veinte, aunque el Centro vive una época de asentamiento, con la llegada de la dictadura de Primo de Rivera el presupuesto de la Junta para Ampliación de Estudios se recorta considerablemente y con ello también el del CEH, lo que dificulta la contratación de nuevo personal. No era más esperanzadora la situación en la universidad, según explica Alonso Zamora Vicente:

En 1925, 26, 27, en España hay solamente once universidades (frente a la inundación que hoy existe, séanlo o no) y cátedras de simple filología, dos o tres. La de filología románica, que desempeñaba don Ramón, y la de Gramática histórica, que estaba en manos de Castro.<sup>8</sup>

Ante estas contrariedades, los tres, José F. Montesinos, Amado Alonso y Dámaso Alonso, tienen que buscar fuera un lugar donde poder desarrollar su labor filológica.

Dámaso Alonso fue el que tuvo una relación más constante con el Centro; no llegó a salir de una forma definitiva, como sí hicieron sus compañeros, y compaginaba estancias en el extranjero con temporadas en Madrid. Su primer acercamiento a las salas del edificio de la calle Almagro fue hacia 1920. Al poco tiempo, ante los problemas para ser contratado como colaborador, se marchó a la Universidad de Berlín, en la que estuvo como lector en el curso 1922-1923. Finalizada la estadía en la capital alemana, se trasladó a Cambridge, donde enseñó lengua y literatura españolas hasta 1925. Después de unos años en Madrid, trabajando en el Centro como colaborador y redactor de la *Revista de Filología Española*, volvió a frecuentar universidades extranjeras. En 1932 le llega la Universidad de Stanford, en los Estados Unidos, le hace una interesante oferta para dar clase allí. Dámaso lo duda y le pregunta a Salinas que le aconseja que se vaya:

En fin, que no sé porque le escribo a usted esta carta para no decir nada en claro. Es porque en cierto modo me temo que las gentes del Centro (ayer hablé de refilón con Navarro) le aconsejen resueltamente que no se vaya. ¿Y en nombre de qué? ¿Qué es usted Dámaso Alonso para ellos? A mí cuando hablan del rescate de los pródigos, Amado, Solalinde, Montesinos y usted, me da risa. Usted es para el Centro un magnífico colaborador. Pero yo me resisto con todas mis fuerzas a aceptar esa interpretación exclusiva de usted. Yo tengo la mía, ya sabe usted cual es, quiero la mía. Y no podemos entendernos, ellos y yo. Además, y si no quieren que usted se vaya ¿qué hacen? Pongan, pongan los medios de evitarlo, ofreciéndole allí un modo de vida decoroso y seguro. Que no se vengan con las gaitas de siempre: la tradición del Centro,

Pero don Ramón, como se temía Salinas, le hace una contraoferta en una carta de 1 de febrero de 1932 en la que le ofrece un sueldo de 7000 pesetas anuales, (Américo le ofrecerá en una carta de enero de 1932 hasta 9000 pesetas). Dámaso la rechaza como informa el poeta sevillano

Lo sé todo. Que el Centro en un raptó de generosidad atinadísimo le ofreció a usted la debida prebenda. Ahí es nada: siete mil pesetas, mientras los pobres Morcuendes seguirán amarrados a sus veinticinco duros al mes. Y sé también que usted declina (y con lo bien que sabe usted declinar después de tantos años de gramático) la oferta para el año 1932. Prefiere usted el oro extranjero. Me parece muy mal. Oxford le encadena con lazos aureos y no sabe desprenderse de

---

<sup>8</sup> Alonso Zamora Vicente, «Para Amado Alonso, ausente», *Boletín de la Academia Argentina de las Letras*, tomo LXI, julio-diciembre de 1996, Buenos Aires, 1997, pág. 255.

sus brazos seductores y correr a los de la austera Castilla (ayer dominadora) que le abre los suyos. En cambio Montesinos vendrá ("Cata Francia Montesinos- Cata Hamburgo, la cibdade) Y con él Don Américo se constituirá un trípode incompleto (a falta de V) de la Sección de Literatura Clásica. Ya sabe que esa es una invención mía susurrada al oído de Navarro con tal modestia que ahora se cree él que es suya. También a mí Medinaceli me brinda espléndido botín: la sección de Literatura Moderna. Pero por el momento estoy decidido a no aceptar

Finalmente Dámaso se marchó y entre 1928 y 1932 estuvo como lector en las universidades de Stanford, California, en el Hunter College de Nueva York, y en Oxford.<sup>9</sup> En 1934, y tras una estancia en Portugal, adonde viajó, gracias a una beca de la Junta para investigar el teatro de Gil Vicente, consiguió una cátedra que había quedado vacante en la Universidad de Valencia. Como muy bien le decía Américo Castro, la obtención de esa plaza suponía renunciar a seguir colaborando con el Centro de forma directa.

Cierto que si obtuviera una cátedra en Valencia, adiós trabajo científico en Madrid. Importante es, sin embargo, que tenga su lugar en el cuerpo de docentes, ya que con esa base se podrían intentar otras cosas.<sup>10</sup>

Durante este tiempo, Dámaso trabajó intensamente, ya fuese en la sede de Madrid o en las aulas de alguna lejana universidad, en los proyectos del Centro. Sus investigaciones sobre Góngora, junto con los trabajos de Amado Alonso sobre Pablo Neruda, fueron el punto de partida de la estilística española, que seguía la corriente idealista, iniciada por Vossler y continuada por Croce y Spitzer.

Amado Alonso se había formado en la Universidad Central, donde fue discípulo directo de Menéndez Pidal, aunque se especializó en fonética bajo la dirección de Navarro Tomás. Ya aparece citado como colaborador del Centro en 1917. Por estas fechas compagina sus investigaciones en el CEH con las clases en los cursos para extranjeros que se celebraban, en otoño y primavera, en el edificio de la calle Almagro, y en verano en la Residencia de Estudiantes. Entre 1922 y 1924 se marchó a Alemania, concretamente a Hamburgo, donde trabajó como lector, al tiempo que seguía con sus estudios de fonética con el profesor Panconcelli-Calzia. A su regreso a Madrid, pasó por París, donde estuvo unos meses visitando el laboratorio de fonética de los profesores Rousselot y Poiriot.

En 1927, Amado Alonso se marcha a Buenos Aires para hacerse cargo del recién creado Instituto de Filología. Desde Argentina, tras las experiencias de Castro, Agustín Millares y Manuel Montoliu, querían un director que estuviera más tiempo y no un año como sus antecesores. Don Ramón pensó en él como la mejor alternativa para dirigir el Instituto bonaerense, lo que solucionaba también la falta de estabilidad laboral de Amado Alonso en Madrid, estabilidad que no le ofrecía ni el Centro ni la universidad.<sup>11</sup>

Pero la realidad, los prejuicios aún decimonónicos sobre la seguridad en el trabajo, la condición de funcionario del catedrático español, etc., pesaba mucho en la vida de las

---

<sup>9</sup> El seguimiento de las estancias en las universidades extranjeras de Dámaso Alonso lo hemos podido realizar gracias a su expediente de la JAE que se guarda en el «Archivo de Junta de Ampliación de Estudios de la Residencia de Estudiantes.

<sup>10</sup> Carta de Américo Castro a Dámaso Alonso, San Sebastián, 6 de agosto de 1932. Archivo Dámaso Alonso, Residencia de Estudiantes, Madrid.

<sup>11</sup> Para la creación del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires véase Mario Pedrazuela Fuentes, «Amado Alonso y Alonso Zamora al frente del Instituto de Filología de Buenos Aires», en *Filología*, núm. XXXIV-XXXV, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires/Facultad de Filosofía y Letras/Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», 2002-2003, págs. 199-215.

generaciones jóvenes. Y la autonomía universitaria, que ya se estaba gestando, no parecía llegar nunca.<sup>12</sup>

En 1927, Amado Alonso parte para Puerto Rico, primero, y después para Buenos Aires. Desde el país caribeño, Amado Alonso le escribe a Menéndez Pidal una carta en la que se atreve a recriminarle la dispersión por el mundo que está haciendo de los nuevos colaboradores que tan útiles podían resultar para el Centro:

He tenido carta de don Tomás. Contento también; pero con razón se refiere entristecido a esta siembra al voleo que de nosotros está haciendo usted, don Ramón. Mejor que siembra, transplante.<sup>13</sup>

Durante los primeros años en la capital argentina, Amado Alonso, aunque se aclimató bien a la ciudad y a la universidad y los resultados de su trabajo no tardaron en llegar, siempre deseó volver a su país, encontrar un hueco en la universidad o en el Centro:

Ya me había escrito Castro que usted dejaba la cátedra y que saldría a oposiciones. De siempre he tenido la secreta esperanza de ser su sucesor en la cátedra. Ahora ya no puede ser. Es como quemar las naves. Adiós, Madrid. Sé que Dámaso la pretenderá y no dudo que ese será su sucesor. Esto me consuela un poquito: no es el premio, pero al menos una buena aproximación.<sup>14</sup>

Navarro Tomás había perdido a uno de sus mejores colaboradores, en un momento en el que su gran proyecto, el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, estaba empezando a tomar cuerpo; así se lo hizo saber a Menéndez Pidal: «El hombre más indicado para emprender ese trabajo es Alonso. Si él no lo hace, no veo otra esperanza más que la de buscar a otro joven que quiera ocupar su puesto».<sup>15</sup> Por esta razón intentó constantemente que su pupilo regresara al Centro, aunque sabía las dificultades que hallaría para encontrar un hueco en aquellos momentos:

En cualquier parte ganará usted más dinero que aquí. Aquí no hay más camino que el estrecho y pobre camino de cátedras o archivos. La colocación en Madrid en una oficina eventual es insegura y no resuelve la cuestión. El conseguir la creación de un puesto nuevo, especial, en la universidad o en el Centro con la dotación necesaria para que usted lo desempeñe no es ni remotamente probable.<sup>16</sup>

A pesar de ello, don Tomás no dejó de insistir para que Amado Alonso volviera de nuevo a Madrid, donde podía compensar, con el ambiente de estudio y el reconocimiento de sus compañeros del Centro, los menores ingresos que pudiera recibir trabajando en su país:

Me satisface mucho saber que está usted rodeado de consideraciones y ganando mucho dinero, pero siento interiormente la inquietud de que no vuelva usted a reincorporarse a nuestro Centro. Me doy cuenta de que tampoco usted es indiferente a esa preocupación

---

<sup>12</sup> Alonso Zamora Vicente, «Para Amado Alonso, ausente», cit., pág. 254.

<sup>13</sup> Carta de 29 de junio de 1927. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes, Madrid.

<sup>14</sup> Carta de Amado Alonso a Menéndez Pidal, Buenos Aires, 24 de junio de 1935. Archivo Menéndez Pidal, Madrid.

<sup>15</sup> Carta de Navarro Tomás a Ramón Menéndez Pidal, Caracas, 21 de diciembre de 1927. Archivo Menéndez Pidal, Madrid.

<sup>16</sup> Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso, Madrid, 2 de marzo de 1929. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes, Madrid.

[...]. Pero estar aquí y sentirse entre nosotros y gozar del reconocimiento menos ruidoso, pero más íntimo y cordial de las gentes que nos rodean.<sup>17</sup>

Con el tiempo, Amado Alonso se fue asentando en Buenos Aires y convirtió el Instituto de Filología en una continuación del Centro de Estudios Históricos al otro lado del océano. Con la llegada de los peronistas al poder, se trasladó a la Universidad de Harvard en los Estados Unidos, hasta que falleció en 1952

José Fernández de Montesinos es otro de los grandes colaboradores del Centro de Estudios Históricos que tuvo que marcharse de España en busca de un lugar donde poder desarrollar su labor filológica. Al igual que Amado Alonso, había llegado al Centro en 1917, donde trabaja hasta 1920<sup>18</sup>, en esa fecha es nombrado lector de la Universidad de Hamburgo, cargo que ocupa hasta 1932.

En el caso de Montesinos es otro filólogo granadino, Américo Castro, el que mantiene una copiosa correspondencia con él, con el intento de convencerlo para que regrese de nuevo a Madrid. En esas cartas podemos observar la estrecha relación que existía entre ambos, que iba más allá de lo profesional.<sup>19</sup> Ya desde 1922, Castro comienza a ofrecer a Montesinos la posibilidad de volver a la capital de España.

Yo le ruego que venga: I.- Por no darme el disgusto de saberlo a usted ahí perdiendo el tiempo. II.- Porque ahora puede usted tener en Madrid con qué vivir: a) con el Centro, b) con Clásicos Castellanos (es cosa nuestra ahora), c) traducciones, trabajos extraordinarios en el Centro y fuera. Presente su dimisión y véngase a primeros de septiembre para que arreglemos el trabajo del año próximo. No está Solalinde y nos es usted imprescindible.<sup>20</sup>

Américo Castro hacía tanto hincapié en recuperar a Montesinos «porque estamos muy necesitados de la ayuda de nuestros colaboradores, especialmente de la suya»<sup>21</sup>. Mientras Montesinos se decidía a regresar a su país y el Centro a hacerle una oferta en condiciones, Castro le ofrece la posibilidad de marchar a Estados Unidos, concretamente a la Universidad de Filadelfia. En este caso, el problema es el aspecto externo del joven filólogo. Su despreocupación por la forma de vestir era conocida en la profesión, lo que le hacía tener una fama de bohemio.<sup>22</sup>

---

<sup>17</sup> Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso, Madrid, 2 de marzo de 1929. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes, Madrid.

<sup>18</sup> «... en el Centro de Estudios Históricos, donde me enseñaron los métodos rigurosos de la filología moderna» (José Fernández Montesinos, *Ensayos y estudios de literatura española*, edición de Joseph H. Silverman, Madrid, Revista de Occidente, 1970, pág. 12).

<sup>19</sup> «[En el Centro]; Américo Castro fue mi segundo padre», José Fernández Montesinos, *Ensayos y estudios de literatura española*, cit., pág. 12.

<sup>20</sup> Carta de Américo Castro a José Fernández Montesinos San Sebastián, 11 de julio 1922, Archivo del Centro de Humanidades del CSIC, Madrid. Pocos meses después, Américo Castro le concreta un poco más la oferta: «Le ofrecemos a usted: 1.- Un sueldo como el mío, 220 pts. 2.- Pagar tomos de teatro, empezamos por *La Corona*, mil y pico. 3.- Clases de extranjeros. 4.- Traducciones como Schuchardt, etc. 5.- Cuanto le pueda buscar fuera, Clásicos, etc. Pese, mida y calcule y decídase enseguida» (Carta, 3 de septiembre de 1922).

<sup>21</sup> Carta de Américo Castro a José Fernández Montesinos, Madrid, 6 de noviembre de 1922. Archivo del Centro de Humanidades del CSIC, Madrid.

<sup>22</sup> Una idea sobre cómo era el aspecto externo de Montesinos nos la muestra Julián Marías: «Otro curso interesante era el de literatura española que daba José F. Montesinos. No era más que ayudante; acaba de volver de Alemania, donde había sido lector muchos años. Era bohemio, inverosímilmente sucio y desaliñado, siempre despeinado y con los trajes arrugados. [...] Daba la clase a la una, la última hora: acababa de despertarse, y todavía estaba soñoliento; por la tarde empezaba a vivir, y cuando resplandecía

En 1927, Castro vuelve a la carga para convencer a su compatriota de que regrese al Centro. Se preocupa por su situación y, ante lo poco práctico que era Montesinos para organizarse la vida, le da constantes consejos para que consiga un puesto estable que le permita gozar de una tranquilidad económica y poder dedicar sus energías a la investigación.

El Centro le daría a usted unas 300 ptas. al mes. Luego hay cursos en los que algo se pesca; luego una lección particular; luego tomos de Clásicos a unas 710 ptas., que en la forma planeada, se harán pronto, y usted haría varios porque ahora se hace allí lo que yo digo. En fin, para fecha más o menos próxima hay un puesto de bibliotecario en Madrid [...]. A poco razonable que usted fuese, tendría ese puesto que con el Centro y lo demás permitiría incluso esa realización del hogar. Hay que enchufarse en algo del Estado, fijo, o dedicarse a la eterna vida del merodeador, en España o en el extranjero [...]. Ahora hay hueco en el Centro; mañana no sé, cuando Solalinde vuelva para casarse, pues tiene novia madrileña (¡¡Paulina Martín!!). Si usted tiene su puesto, ya nos arreglaremos con Solalinde [...]. Me parece que usted puede tener en Madrid fácilmente de 400 a 500 ptas. al mes, por el momento, trabajando con algún orden. Eso permitiría vivir en la Residencia, que representa higiene, buena alimentación.<sup>23</sup>

Durante el tiempo que está en Hamburgo, Montesinos trabaja intensamente para el Centro. En 1924 traduce, por encargo de Américo Castro, un libro de Hugo Schuchardt-Brevier.<sup>24</sup> También colabora en la colección de Teatro Antiguo Español, creada por el CEH, con la edición de las obras de Lope de Vega *El marqués de las Navas*, en 1924, y *El cordobés valeroso, Pedro Carbonero*, en 1929.<sup>25</sup> Disfrutó de varias becas de la Junta para rastrear por bibliotecas de Alemania, Polonia, Austria, Francia, Italia y Suecia documentos referentes al erasmismo y a la reforma religiosa del siglo XVI. El fruto de estas investigaciones fue su libro *Cartas inéditas de Juan de Valdés al cardenal*

---

era por la noche, cuanto más tarde mejor. Fumaba constantemente, con un cigarrillo puesto en el centro de la boca, inmediatamente sustituido por otro» (Julián Marías, *Una vida presente. Memorias I*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pág. 117).

<sup>23</sup> Carta de Américo Castro a José Fernández Montesinos, San Sebastián, 27 de agosto de 1927. Archivo del Centro de Humanidades del CSIC, Madrid.

<sup>24</sup> Américo Castro le encarga la traducción: «Acaba de publicarse en Halle por la Casa Niemeyer, una selección de obras de Schuchardt que se ha hecho con motivo de cumplir el autor 80 años. Hemos recibido aquí un ejemplar de la obra y nos parece que sería muy conveniente traducirla para publicarla en la colección de la *Revista*. Dígame usted si le conviene ese trabajo, luego que haya hojeado el libro y medido sus fuerzas de usted. La mejor combinación sería que usted hiciese la traducción exacta, elegante y lo más clara posible del libro de Schuchardt, y que Krüger revisara después el trabajo por si había alguna impropiedad o inexactitud de orden técnico. El trabajo se le pagaría a usted con arreglo a la tarifa que tiene la Junta, que es, por término medio de 2 a 3 pesetas por página de traducción» (Madrid, 20 de marzo de 1922. Archivo del Centro de Humanidades del CSIC, Madrid).

<sup>25</sup> «[...] andaba él [Américo Castro] entonces entregado al menester de fomentar la empresa del Teatro Antiguo Español y de rehacer *La vida de Lope de Vega* de Renert. Castro me lanzó al estudio de Lope, y Lope era uno de los ídolos de mi generación, aunque apenas le conocía. Lo conocí, en parte, gracias a mí —Dios me perdone la inmodestia.» (José Fernández Montesinos, *Ensayos y estudios de literatura española*, cit., pág. 12). Una de las obras que le encargó Castro para la colección Teatro Antiguo Español fue *Pedro Carbonero*: «Por este mismo correo le mando a usted el original para la edición de la comedia *Pedro Carbonero*. Como sabe usted esta comedia la va a publicar Coindreau. Ahora bien, Coindreau no tiene tiempo ni creo yo medios bastantes para hacer un tomo del tipo de usted. Por consiguiente le propongo que sobre esos materiales haga usted lo que falta. La obra la firmarán ustedes dos y la cobrarán a partes iguales. No deje de hacerlo porque perderíamos un tomo de la colección que tan bien va» (Carta de Américo Castro a José Fernández Montesinos, Madrid, 15 de noviembre de 1922. Archivo del Centro de Humanidades del CSIC, Madrid).

*Gonzaga*, que se publicó en 1931 dentro de los anejos de la *Revista de Filología Española*.<sup>26</sup>

Por fin, en 1932, José Fernández Montesinos regresa al Centro de Estudios Históricos<sup>27</sup> en el que trabaja como colaborador y redactor de la *Revista de Filología Española* y es nombrado profesor agregado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid.

Con la victoria de la República en las elecciones de 1931, la Junta para Ampliación de Estudios y con ella el Centro recibe un impulso económico importante que le permite contratar a nuevos colaboradores.<sup>28</sup> Las ofertas para regresar al Centro son ahora más reales. Castro escribe a Dámaso para ofrecerle un sueldo que le permita vivir de forma cómoda en Madrid:

Después de hablar con el ministro, con don Ramón y Navarro y visto que el Centro va a tener más fondos, se ha acordado ofrecerle a usted la cantidad de 9.000 ptas. anuales, con posibilidad de ascensos hasta llegar a 12.000. De esta forma tendrá usted el sueldo de un catedrático de universidad. Me dice el ministro que como se va a dar a la facultad la cantidad de 200.000 pesetas al año, para enseñanzas y demás, será posible encargarle algún cursillo allí, con lo que podría tener 2 o 3 mil pesetas más. Si fuera necesario, se haría un contrato en forma, incluso por varios años, como en una universidad de América. Su caso de usted será análogo al de Montesinos y Amado Alonso a quienes esperamos igualmente poder rescatar de manos de los caldeos. Vea pues que hacemos lo que podemos. No hay manera en España de pagar a un profesor 4.500 dólares. ¿Cuándo vendrá usted por aquí? ¿Cuándo termina su compromiso en Oxford? Vea, querido Dámaso, la importancia que concedemos a su presencia entre nosotros.<sup>29</sup>

Mientras tanto, Navarro Tomás hace lo propio con Amado Alonso, aunque el filólogo navarro ya estaba muy asentado en Buenos Aires y su regreso a España resultaba bastante complicado:

Pensamos que han de venir ustedes alguna vez, Dámaso, Montesinos y usted. Tratamos para esto que la Junta pueda autorizar unos sueldos especiales para colaboradores que no reciban sueldo del Estado. Este sueldo sería como el que se tiene para investigar en la

---

<sup>26</sup> En la introducción del libro dice el autor: «El presente libro se debe a la munificencia de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que generosamente concedió los medios necesarios para estudiar directamente los documentos» (José Fernández Montesinos, *Cartas inéditas de Juan de Valdés al cardenal Gonzaga*, Madrid, *Revista de Filología Española*, 1931, pág. vi). En el expediente de Montesinos que se guarda en el Archivo de la Junta para Ampliación de Estudios conservado en la Residencia de Estudiantes, podemos hacer un seguimiento de las ayudas que le asignaron para investigar en cada uno de los países.

<sup>27</sup> «No puede imaginarse la impaciencia con que espero el día de reintegrarme al Centro. Tengo los planes más ambiciosos y un entusiasmo indescriptible como si me quitara once años de encima», le escribe Montesinos a Menéndez Pidal, Hamburgo, 1932. Archivo Menéndez Pidal, Madrid.

<sup>28</sup> «La República que lo ha trastocado todo, me saca a mí de mis casillas [...]. Ando abrumado de casos, porque además de la diplomacia, hay la universidad y el Centro ¡A ver si le traemos ahora!», le escribe Américo Castro a José Fernández Montesinos al poco de instaurarse la República (Madrid, 6 de mayo de 1931. Archivo del Centro de Humanidades del CSIC, Madrid).

<sup>29</sup> Carta de Américo Castro a Dámaso Alonso, Madrid, 27 de enero de 1932. Archivo Menéndez Pidal. En esa misma carta, escribe Navarro Tomás: «Basta decirle lo mucho que me alegrará que se decida por nosotros. Don Ramón y Castro le dicen todo lo necesario. Lo que no veo fácil es el contrato que dice Castro. Claro es que se puede hacer; pero ¿cómo podría cumplirlo el Centro si las circunstancias empeorasen y viniesen malos tiempos? El Centro no tiene fondos propios como las universidades americanas. No tiene más que lo que le da el presupuesto del Estado. Podrá mantenerse o aumentar, pero ¿y si disminuyese, aunque esto no sea posible? En fin, sin contrato o con él sería de usted lo que fuese de todos».

universidad. Claro es que con 6.000 pesetas no se puede vivir aquí, pero es ya una ayuda para el presupuesto familiar. La universidad intenta crear nuevas cátedras, pero no tiene plan fijo ni saben bien qué quieren hacer.<sup>30</sup>

Finalmente los tres pudieron acceder a unos puestos de trabajos acordes a su capacidad investigadora. Dámaso Alonso consiguió la cátedra en Valencia, Montesinos pasó a formar parte de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central y a trabajar en el Centro, y Amado Alonso convirtió el Instituto de Filología de Buenos Aires en un referente dentro de la filología hispánica. Poco tiempo tuvieron para disfrutar de la situación laboral por la que tanto habían luchado. La guerra civil les hizo empezar de nuevo, esta vez desde cero. Montesinos tuvo que marcharse a los Estados Unidos, donde enseñó durante muchos años en la Universidad de Berkeley. Amado Alonso continuó en el Instituto bonaerense hasta que con la llegada del peronismo en 1946 fue expulsado y tuvo que marcharse a la Universidad de Harvard. Dámaso Alonso se quedó en España. Como muy bien había dicho Amado, consiguió la cátedra de don Ramón en la Universidad Central; aunque, debido a su carácter, se plegó a los dictados del nuevo régimen, fue uno de los que desde dentro consiguió que el espíritu del Centro de Estudios Históricos se mantuviera vivo en las generaciones de filólogos que surgieron en la España de la posguerra, como reconoce Lapesa:

Dámaso necesita quien le ayude en la tarea de orientar a los filólogos en ciernes. Me seduce la idea de contribuir aquí a la continuidad de la gran escuela, a que no se ahogue el espíritu de nuestro Centro de Estudios Históricos.<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso, Madrid, 4 de mayo de 1932. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes, Madrid.

<sup>31</sup> Carta de Rafael Lapesa a Amado Alonso, Madrid, 10 de diciembre de 1947. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes, Madrid.